



de María Santísima el Hijo de Dios hecho Hombre para nuestro remedio, salió un edicto del Cesar, en que mandaba se numerase el Orbe, y se empadronasen todas las familias, cada una en su ciudad, y lugar; por cuya razón le fué necesario al Señor S. Joseph el ir á Belen, de donde era natural, para el referido efecto. Fué con el Santo su Divina Esposa María Santísima; y cumplidos los dias del parto, parió esta Gloriosísima; y Soberana Virgen á su Divino Hijo en un establo; y faxado en pañales, lo reclinó en un pesebre, porque no habia otra parte donde ponerle. Así empieza la materia de esta Consideracion, y se irá continuando en varias Consideraciones. Es un Misterio dilatadísimo, y lleno de infinitos Misterios. Vamos, pues, por su orden sacando algunos puntos de consideracion, porque agotarlo es imposible.

109 Considera en el Edicto que despachó el Cesar, para que se juntasen en las Ciudades, y Cabezas de Partido todos los que estaban esparcidos por los Lugares, Campos, y Aldeas; y juntos todos jurasen la obediencia al Imperio Romano, pagasen cierto tributo, y se escri-

biesen los nombres de cada uno en un libro; y todo eso se hizo por disposicion divina, dicen los Santos, al tiempo que habia de nacer el Salvador del Mundo Christo nuestro Señor, para que se conociese que el Señor venia á este valle de miserias á juntar las almas, que andaban esparcidas por él (a), y reducirlas á la Casa de Israel, para que juntas, y reducidas como las ovejas descaminadas al aprisco (b), de todas se hiciese un rebaño, que reconociesen al Señor por único Pastor. El aprisco es la Iglesia, y el rebaño los Fieles: vea cada uno si reconoce á su Pastor, ó si sigue al extraño (c). Aquellas reconocen al Pastor, dice el mismo Señor, que le conocen, oyen sus voces, y le siguen. Todas tres cosas son necesarias, conocerle por la fé, oír sus voces, é inspiraciones, y seguirle por la imitacion de su santísima vida.

110 Considera como iban todos á confesar la obediencia, y sujecion al Cesar; y como dice S. Juan Chrisóstomo (d), iban todos unánimes, y conformes, con grande paz, y concordia, obedientes al mandato del Cesar, al tiempo que nace el Salvador: para dar á entender venia á pacificar, conformar, y unir las volun-

(a) Matth. 15. 24. (b) Joann. 10. 16. (c) Joann. ibi. 16. 27. (d) In cap. 2. Luc.

tades humanas, que estaban divididas entre sí (a), y apartadas de Dios, para que unidos entre sí con el vínculo de la caridad, y conformes con el Señor, y su divina voluntad, viviesen en perpetua paz, debaxo el suavísimo yugo de su santa ley, y obedientes á sus mandatos le confesasen por Señor, por Creador, Supremo Príncipe, y Soberano Rey de todas las criaturas. Mas la lástima es, que todos concurren con grande paz, y mucha prontitud á confesar, y protestar la paz, y sujecion al Cesar, que mata las almas; y todos somos tardos para Jesu-Christo: allí unánimes, y conformes; y para el Señor todo es rebeldía, contumacia, y resistencia: para el mundo, y sus leyes, para el demonio, y sus mandatos, todos se unen, y se juntan como mansos corderos (b); y para Christo es menester grande fuerza, y violencia.

111 Considera como iban todos á confesarse por vasallos del Cesar; y esta confesion, dice la Glosa (c), que se hacia de palabra, y de obra: con las palabras, confesándole por Rey, y con las obras, pagándole tributo. Y á este tiempo viene Christo al mundo, para que unidos, y con-

gregados á su obediencia los hombres, le confiesen con palabras, y con obras. Por eso dijo S. Ambrosio (d), que el Cesar pedia tributo á todo el Orbe de la tierra, no porque tuviese todo sujeto, sino porque lo pedia en nombre de Christo, que solo era Rey, y Señor Supremo de todo el Orbe; y aunque el Cesar tenia esta intencion, no obstante, dice el Espiritu Santo (e): El corazon del Rey está en la mano del Señor, y la Divina Magestad lo vuelve adonde, y como quiere. Y así muchas veces las cosas que hacen, y dicen los Príncipes, las ordena el Señor á otro fin, que ellos no piensan; y así movió la lengua de Cayfás, para que profetizase (f), que era conveniente la muerte de Christo, para remedio de todo el linage humano, aunque esto estaba muy lexos de su intencion: y así mismo movió el corazon del Rey Asuero á que leyese los Anales de los tiempos (g), para que premiase á Mardoqueo, y librase de la muerte al Pueblo de los Judíos, aunque nada de esto le pasaba por la imaginacion quando se puso á leer. A este modo obraba el Señor por el Cesar lo que él entendió, y por su boca pedia la confesion de su Santo, y

N 5 Di-

(a) Isai. 9. 6. & cap. 11. 6. (b) Luc. 14. 24. (c) Interlin. (d) In 1. c. Luc. (e) Prov. 22. 1. (f) Joan. 11. 50. (g) Esther 6. 1.

Divino Nombre á los hombres, y mandaba que confesasen á Christo nuestro Redentor por Rey, Supremo Señor del Orbe, y que esta no solamente fuese de palabra, sino tambien de obra. ¡O qué pocos se confiesan de esta manera! De palabra muchos; mas de palabra, y obra, muy pocos (a). Y así se queja el Señor: el hijo obedece, honra á su Padre, y el Siervo á su señor. Pues si Yo soy Padre, ¿donde está la honra, y obediencia que se me debe? Y si soy Señor, ¿qué es de mi temor, y reverencia (b)? Dice su divina Magestad, que le demos al Cesar lo que es suyo, y al Señor lo que le debemos; y nosotros hacemos lo contrario, que al Cesar le damos lo que es de Dios, y á Dios lo que es del Cesar: al Cesar, que es el demonio, le deben las malas obras, las palabras, y pensamientos malos, que es su hacienda, y estas se las damos á Dios; y el alma, que es de Dios, se la damos al Cesar, que es el demonio: para el Cesar no hay cosa reservada, alma, vida, fuerzas, ansias, y desvelos y para Dios solo palabras. ¡Ah de nosotros, si no le pagamos el tributo!

112 Considera en que se empadronaban, y escribían todos en un libro. Continuábase el Misterio, dice S. Gregorio (c):

¿Qué significa el que se escriba el Orbe, quando quiere nacer Christo, dice el Santo, sino mostrar claramente, que aquel que aparecía visible, vestido de nuestra carne, venía para escribir á los suyos en la eternidad? De manera, que en estas quatro palabras del Evangelio se nos explican quatro condiciones necesarias, para que nuestras almas se escriban en el libro de la Vida. La primera es, recogerse, y retirarse de los divertimientos del mundo, y negocios excusados de esta vida, y recogerse á la oracion, y santos ejercicios. La segunda, unánimes, y conformes en la Divina Magestad, rendirse, y sujetarse al suavisimo yugo de su Santa Ley, y á la perfecta observancia de sus Divinos Mandamientos. La tercera, confesarle con palabras, y con obras: con las palabras de oracion, bendicion, y alabanzas, y con obras de virtudes, siguiendo los consejos, y exemplos de su Vida santísima. La quarta es, darle el tributo de tu alma, que es todo el amor desnudo de tí mismo, y de todas las criaturas: y con esto que hagas, ya estás escrito, y numerado entre los escogidos del Señor por vasallo de su Reyno, que es la última de las felicidades de esta vida.

113 Considera como habiendo

(a) Matth. 1. 6. (b) Matth. 12. 17. (c) Hom. 8. in Evang.

do preparado nuestra Señora los paños, y ropa para el nacimiento del Niño Dios, cuyo parto instaba; y habiendo el glorioso S. Joseph preparado lo que pudo alcanzar su pobreza para el camino, que dicen era de quatro dias, puesta en un humilde jumentillo María Soberana, y cogiendo el Señor S. Joseph un buey del diestro, que como todo lo considera, y dice san Buenaventura (a), lo llevaba para venderlo, y pagar el tributo, y sustentarse en Belen; salieron como pobres en el rigor del Invierno. Atiende con grande diligencia á la pobreza, á la humildad, á la modestia, y á las incomodidades, y trabajos de tu Señora, y del gloriosísimo, y castísimo Esposo. Era un real de plata lo que se pagaba de tributo, dice Hugo Cardenal. ¡Mira, pues, qué tan extremada pobreza, la que no alcanzaba para un real de plata; y es necesario llevar un buey, quatro dias de camino, para venderle, y pagar! Conforme á esto, saca con cuánta pobreza iban, así de sustento, como de ropa, y abrigo para sus cuerpos. A lo mas que te puedes alargar es á un poco de pan, queso, sal, y algunas frutas secas, y ropa la ordinaria que traían en casa. Mira qué regalos, y prevenções lleva la Madre de Dios, y

mas llevando por delante el parto, que por horas esperaba.

114 Considera cuán afligido iría el gloriosísimo Santo, que no podía menos de contristarse el alma en llevar á su Señora con tantas necesidades; pero como humilde, se conformaba con las disposiciones divinas. Atiende á la humildad con que camina nuestra Reyna, y Señora en un pobre, y humilde jumentillo, con humilde, y pobre trage; con un fardito á modo de maleta por delante, en donde llevaba la ropa del Niño Dios, y con unas alforjitas atrás, en donde iba el pobre sustento para los dos: el Señor S. Joseph á pie, y con el buey del diestro. Mira el carruage, mira la grandeza de los dos mejores Personages que habia en el mundo. Atiende á los muchos que iban por el mismo camino, unos á caballo, y con ropas á propósito para el tiempo: otros en literas, otros en coches, y estufas, con criados, y reposteros, dineros, y regalos: y habiéndolos mirado á todos, vuelve á mirar á tu Reyna, y procura enamorar á tu alma de su humildad, y pobreza, y no vuelvas, ni con el pensamiento jamas á mirar, ni las grandezas, ni las ostentaciones de los mundanos. Atiende á la modestia, y compostura de los dos, María Santísima,

(a) De Medit. Vit. Christ. cap. 8.

y Joseph; y para mejor entenderla, mira, y atiende con cuidado á la disolucion de los que ván por el mismo camino. Unos ván cantando, y no Salmos, ni Hymnos: otros ván riendo, y hablando conversaciones del mundo, cuentos, y vanidades: otros ván murmurando, y quejándose, quando menos del Cesar, y de los Ministros, que les obligaban á hacer aquel viage, y á pagar el tributo, que ellos no querian; y así, por la mayor parte, verás que todos ván á lo del mundo, con ruido, estrépito, voces, y confusion. Y habiéndolos así mirado, vuelve á tu Señora la vista, y al glorioso Santo, y nota aquel silencio, aquella compostura, y modestia en acciones, y palabras, la gravedad devota, y humilde de los dos: finalmente, como quienes iban con Dios humanado, á quien ignoraban los demas.

115 Considera esto con grande atencion, y déxalos que se adelanten, y pasen con su inquieto ruido: y tú quédate en compañía de tu Reyna, que harto mejor será para tu alma, que la de todos los Reyes, y Magnates del mundo. Exercita tu devocion en servirla, en hablar al jumentillo para que ande, y ayudar al Señor S. Joseph á conducir el buey, y á todo aquello que conocieres puede ser de obsequio á los

dos. Atiende á los trabajos, é incomodidades de nuestra Señora, y de su Castísimo Esposo, que caminan con el rigor del Invierno, con nieves, vientos, frios, y granizos, pobres, y desabrigados. Llegan nuestros castísimos Caminantes los últimos á las jornadas, hallan ocupados los mesones, son pobres, y no tienen, ni con qué alquilar aposento, ni con qué pagar cama, ni cena: y así debes entender, que con el buey, y el jumentillo, se retiraban á alguna parte de las posadas, que por desacomodada, no era de otros apetecida; y allí frios, y helados, especialmente nuestra Soberana Reyna (que ya el Santo, como iba á pie, con el exercicio no tendria tanto frio), se recogian con silencio, y humildad; y despues de haber dado gracias al Señor, porque los habia conservado sin peligro aquella dia; acomodados el buey, y el jumento, sacaba el Santo del manjar que traian, y socorrian su necesidad, supliendo el Señor con sus divinos favores la falta de lo necesario.

116 Considera como acabada la pobre cená, luego se recogian al pasto del alma, que era la oracion. Atiende al silencio en que están recogidos, y vuelve la consideración al ruido, y estruendo del meson, registra aquellas cámaras, y aposentos, y alarga la

vis-

vista por las mesas, y mira los regalos, los banquetes, las voces, las murmuraciones, los juramentos, los cuentos torpes, y disolutos, junto con otras cosas muchas, y malas, que suelen pasar en semejantes casas: y habiendo registrado tanto linage de disoluciones, vuelve la vista á los purísimos, santísimos, y castísimos oídos de nuestra Santísima Señora, y de su Santo Esposo, que no podian menos de ofenderse con la vecindad: ni tampoco las piadosísimas entrañas de nuestra Reyna podian contenerse á no solicitar el remedio para aquellas almas; y así debes creer, que con ardentísimo zelo rogaba por ellos á su Divino Hijo, y el Señor de repente los sosegaba; mudaba los ánimos, trocaba las intenciones, y convertia sus corazones, y los traía á conocimiento, y temor de Dios, con que cesaban todas aquellas inquietudes: y sosegado el meson, cada uno se recogia, unos temerosos, compungidos otros, y otros arrepentidos, y todos ignorantes del medio por donde les venia aquel bien. Así lo debes piadosamente entender de la misericordia de esta Celestial Señora.

117 Considera como nuestra Señora llegó á Belen la vis-

pera del Nacimiento de su Divino Hijo, ya tarde, puesto el Sol; y como contempla, y dice S. Buenaventura (a), como pobres pidieron posada de limosna, por amor de Dios; y por mas diligencias que hicieron, no hallaron quien los quisiese hospedar. Habia concurrido mucha gente, y todos esperaban la ganancia con los huéspedes. Llegaba el Señor S. Joseph con el buey, y nuestra Señora en su jumentillo: y como todo esto estaba publicando la pobreza de los dos, y el ningún logro temporal que tendria quien los hospedase, ninguno queria ocupar su casa con huéspedes, que al parecer no le habian de importar nada; y así todos le decian al gloriosísimo Santo, que pasase adelante, que no habia posada; y otros, en quienes reynaba mas el interes, le dirian, pase adelante vuesa merced con su jumento: ahora ocupara yo con vuesa merced un aposento, que me puede valer muchos reales: no hay posada: vaya con Dios. De esta manera, ya cerrada la noche, se hallaron nuestra Reyna, y su castísimo Esposo en la calle, sin tener parte alguna donde recogerse, hambrientos, cansados de caminar, y helados de frio. Afligiase mucho el gloriosísimo Santo, no por sí, sino por

los

(a) Ubi sup. cap. 8.

los trabajos que parecía nuestra Señora: y tú puedes pensar que se volvió á su Magestad el Santo, lleno de tristeza, y pena, y le dixo: ¿Qué haremos, Señora mía? ¿Adónde nos iremos? No tenemos otro recurso, que á una cueba de bestias, que está fuera de los muros, debaxo de una peña junto al camino: ¿os parece que nos retiremos allá por esta noche? A lo qual puedes entender, que respondió la Soberana Señora, consolando al Santo glorioso, y diciéndole: Que todo aquello era disposicion del Señor, y que mejor sería la compañía de las bestias en aquel retiro, que la de los hombres entre tanta codicia, y confusion: que no le diese pena, que ya estimaba mas aquella cueba, que la mejor casa de Belen. Con esto se consoló el glorioso Santo, y se fueron á la cueba.

118 Considera, y atiende por aquí, Christiano, los grandes trabajos, en que pone Dios á su Madre María Santísima, y cómo le aprieta la mano con la pobreza, con las necesidades, y descomodidades temporales. Mira su paciencia, humildad, y conformidad altísima con la divina voluntad: se ve despedida, y arrojada de todos á una cueba de bestias, y ni se queixa, ni mur-

mura, ni habla palabra contra nadie, ni en su pecho se levanta el mas mínimo átomo de sentimiento; y se va mas contenta á aquel establo, que todos los Príncipes del mundo á sus Palacios. Atiende á este exemplo, y aprende á amar la pobreza, y humildad con todas sus incomodidades; porque pobreza, que no la trae consigo, y humildad, que no anda junta con los desprecios del mundo, poco tienen de virtudes. Pasa con tu afecto adelante, y viendo que tu Señora endereza el camino á la cueba, ve corriendo, arrójate á sus plantas y ruégale con todas las veras de tu alma, que se sirva de tu pobre posada, y aunque es poco menos que una cueba de bestias, por el desaliño de virtudes, y por la inmundicia de tus pecados; pero no obstante dile de lo íntimo de tu corazón, que tú trabajarás con todas tus fuerzas por limpiársela, y aderezársela: procura hacerle fuerza como se la hicieron á su Divino Hijo los dos Discípulos de Emaús (a). Mira que te vá en ello no menos que la vida eterna, y la salvacion de tu alma: como lo dixo el Espíritu Santo en nombre de esta Señora (b): El que me hallare, hallará la vida, y alcanzará la salvacion del Señor. ¿Y qué mucho, si lleva en su Vientre

(a) Luc. 24. 23. (b) Prov. 8. 35.

tre al mismo Salvador, y á la misma vida? Toma, pues, el consejo del Sabio, y atiende, que por él te dice la Divina Sabiduría (a): Si la muger fuere buena para tu alma, mira no la arrojes de tí, ni la des ocasión para que te dexes: Honra á tu Padre, y no te olvides de los clamores de tu Madre: acuérdate, que si no fuera por ellos, no hubieras nacido; y así págaless lo que ellos hicieron por tí. Es como si dixera: Si conoces que María Santísima es buena para tu alma, no le cierras las puertas de tu corazón: ella es tu madre, y su Hijo Santísimo tu Padre. Mira, pues, qué tanta fuera la impiedad, si al padre que te engendró, y la madre que te parió les cerraras las puertas, viéndolos en extrema necesidad, en que consideras á María Santísima tu Madre, y su Divino Hijo tu Padre. Pues advierte lo que vá de Padres á padres, y no seas impío con ellos; porque si no fuera por ellos, ni vinieras á este mundo, ni te conservarás con vida. Por tí han llegado á la pobreza, y estado en que los ves, que no puede ser mayor (b) que pedir posada de puerta en puerta el que es Rey, y la que es Reyna Suprema de los Cielos, y de la Tierra.

(a) Eccl. 7. 28. (b) 2. Cor. 8. v. 9. (c) Matth. 25. v. 20. (d) Apoc. 3. 12. (e) Prov. 1. 24.

119 Considera en el cargo que hace el Señor á los malos (c): Apartaos de mí, malditos, andad al fuego eterno; pues os pedí que me hospedáseis como peregrino, y no me recibisteis. Atiende, pues, dice el Señor por S. Juan (d), y mira que yo estoy á la puerta, y llamo para que me abran: el que oyere mis voces, y me abriere la puerta, yo entraré á él, y cenare con él, y él cenará conmigo. Abrámosle, pues, las puertas ahora que llama, para que el Señor nos abra las suyas, quando nosotros llamáremos, que será en la muerte; porque si no, nos sucederá lo que dice el Señor por Salomón (e): Porque llamé, y no me quisisteis, alargué mi mano, y no atendisteis, por eso yo me reiré en vuestra muerte, y haré burla de vosotros, quando llegare lo que temeis: quando cayere sobre vosotros, y se os viniere encima como tempestad, la calamidad repentina, la muerte, la tribulacion, y angustia, entonces me llamaréis, y yo no os oiré. Attendamos, pues, ahora, para que entonces el Señor nos atienda: oigamos ahora, para que entonces seamos oidos: abrámosle ahora, para que el Señor nos abra entonces; porque si no, aunque mas clamemos, y hablemos

mos, se estará cerrada la puerta (a): ¡Y ay de aquel á quien se cerrare!

120 Considera como entraron en aquella cueba, que como dice S. Gerónimo, y Beda, estaba junto al camino, y era una concavidad hecha debaxo de una peña, que servia de abrigo á las bestias, y harrieros quando llovía: en ella se entró nuestra Señora, y el Santo glorioso, con el buey, y jumento á deshoras de la noche oscura. Estaba, como se dexa entender, llena de paja, y estiércol de animales, lóbrega, y de mal olor, y como entraron de noche, entraron tentando, y era necesario que el Santo con sus manos limpiase alguna parte della, para que nuestra Señora se recogiese; y en estas diligencias, y en componer los dos animales, se pasó mucha parte de la noche. En esto entendió la Sacratísima Virgen, que aquella era la noche de su parto. Díxoselo la Divina Reyna á su glorioso Esposo. ¡O qué afliccion tan grande tuvo con esta nueva, hallándose en tan desacomodado parage, y á obscuras! Puedes pensar, que se fué á los árboles, y cortando algunas ramas, las puso en la entrada de la cueba; y luego, como se colige de Santa Brígida,

partió á la Ciudad (b) á buscar lumbre, y alguna leña para encender en la cueba, que estaba hecha un páramo de frio, y en el ínterin se quedó sola en la cueba nuestra Señora; y como dice S. Buenaventura (c), era muy cerca de la media noche. La Soberana virgen se puso en oracion: arrebatóla el Señor á un éxtasis, y raptó altísimo; y estando así, en punto de la media noche, nos dió la eterna Luz para nuestro remedio, pariendo al Unigénito del Padre hecho Hombre, sin lesion de su Virginal Pureza. Salió, pues, del gremio Virginal, como Sol de la resplandeciente Estrella; y como tal, despedia tanta claridad, que parecia se habia vuelto claro día la noche oscura. A este tiempo puedes entender, que volvió el Señor S. Joseph con la lumbre, y leña que pudo hallar; y absorto con la claridad llegándose cerca, vió al Sol en los brazos de la Aurora, á JESUS en los brazos de MARIA Santísima: siente una fragancia, y suavidad excesiva, un gozo y alegría inefable; y postrado en tierra, lleno de regocijo el corazon, y de júbilos divinos el alma, adoró con profundísima reverencia á Dios humado.

Con-

(2) Mat. 25. 11. (b) Lib. 7. de Revel. cap. 21. (c) Cap. 8. de Vit. Christ.

121 Considera mas en este divino parto lo que fué revelado á Santa Brígida (a), y lo escribe la Santa con estas palabras: Entonces la Virgen puesta de rodillas con grande reverencia, vuelto al Oriente el semblante, elevadas las manos, y puestos en el Cielo los ojos, se entregó á la oracion, para que orando, pariese al que habia concebido en la oracion; y estando suspensa, y extática en altísima contemplacion, embriagada su alma con la abundancia de divina, y soberana dulzura, entonces en un momento parió á su Hijo bendito. Este es el modo como nació nuestro Divino Redentor; y ahora falta saber, si naciendo cayó en tierra, ó no: y así, aunque algunos dicen que sí; el Cardinal Cayetano (b) dice que no; porque al nacer el Señor ocurrieron los Angeles, y le recibieron en sus manos, segun lo habia cantado David (c), que mandó el Señor á sus Angeles, que le cogiesen en las manos, y le recibiesen, porque no se lastimase cayendo; y de las manos de los Angeles le recibió en las suyas María Soberana. Ahora puedes tú preguntar á este Señor, que puesto que tantas veces habia de permitir que le derribasen en la tierra sus enemigos en el discurso de su Pasion: puesto que el mismo Señor se habia de postrar en ella tantas veces orando, y muchas descansando; porque, como dixo, no tenia en que reclinar la cabeza, y mal tendria colchon, quien ni almohada tenia, y así se cree que su cama era la tierra: ¿como ahora rehusa la tierra al salir del Vientre Santísimo de su Madre? Pero ya se viene la razon á los ojos. Nace Hijo de María Santísima; ¿pues cómo habia de caer en tierra al nacer? Del gremio de esta Señora salir, y caer, eso no; que ninguno hasta hoy se ha visto caer estando á su proteccion, y amparo: ninguno que sea hijo de esta Señora ha de experimentar esas fatalidades, porque como dixo el Espíritu Santo (d), y explica S. Alberto Magno (e): Todos aquellos que se exercitan en sus alabanzas, y encaminan los pasos á sus caminos, y á los de su Hijo Santísimo, aunque caygan, no se maltratan; porque esta Señora, y Madre de misericordia los recibe en su mano, poniéndola debaxo para sustentarlos. Estos son los devotos hijos de esta piadosísima Madre. Al Hijo de sus entrañas acuden los Angeles á sustentarle con sus manos, para que no le lastime

ca-

(a) Ibid. (b) In 3. p. D. Thom. q. 35. art. 6. (c) Psalm. 90. 11. (d) Psalm. 36. 34. (e) De Laud. Virg. lib. 1. cap. 3.